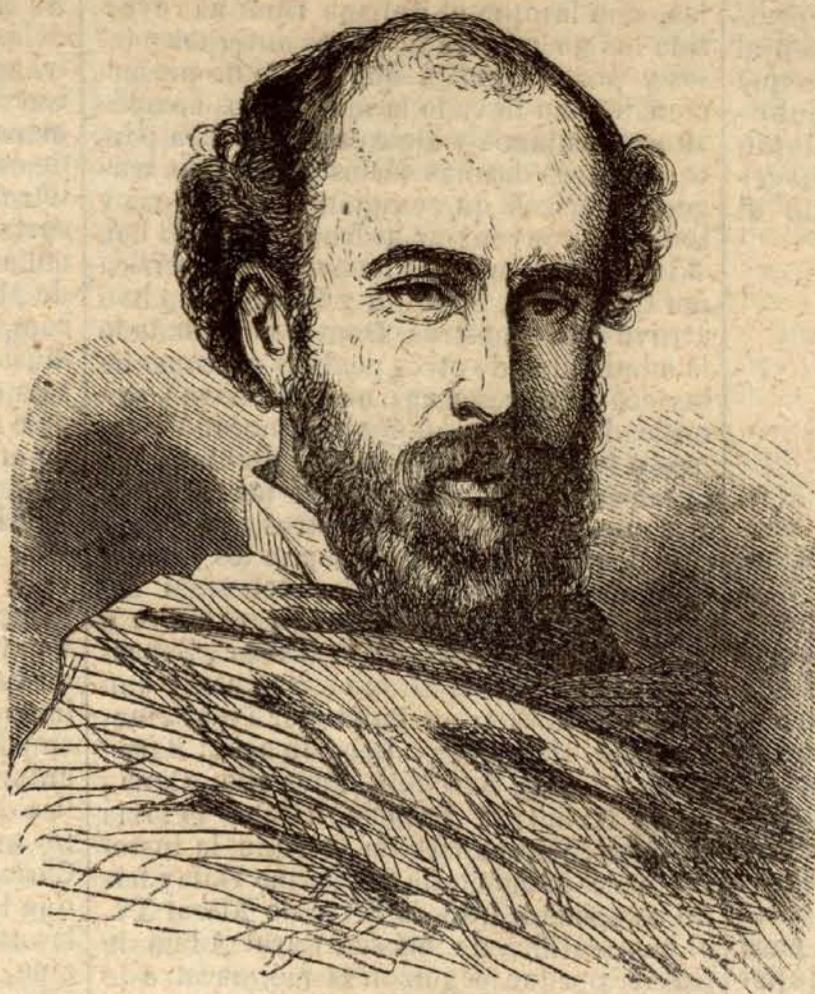


## ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



Ignacio Merino.

## DON IGNACIO MERINO.

En una casa hermosa que tenia vistas al puerto de Lima vivia en 1820 una familia distinguida, cuyos antepasados, principalmente en línea materna, contaban entre sus individuos muchos nombres ilustres, así españoles como peruanos. Habia en esa familia una madre joven, muger admirable por su talento y por estar dotada de una de esas almas privilegiadas que la inspiracion remonta á la altura de las cosas mas sublimes y grandiosas. Esta madre era la señora de Merino.

Su hijo, nacido en Piura, cuando apenas tenia tres años de edad, se mostraba ya digno de su nacimiento, reflejándose en su animado semblante las altas dotes de su madre. Entre otros instintos precoces distinguíase en él una disposicion extraña á imitar lo que heria su vista; así es que jugando trazaba con sus pequeños dedos sobre la arena de la playa los hermosos buques que entraban magestuosamente en el puerto de Lima. Lejos de borrarse, como las impresiones de la infancia, aquella aficion dominante, creció en él de año en año, y al frisar en los seis no eran ya barcos informes los que el niño Ignacio figuraba en la arena, sino imágenes completas las que dibujaba en el papel con una facilidad y exactitud que fueron para su madre una revelacion.

—El Perú no ha tenido aun artistas, se dijo con el presentimiento del corazón; mi hijo será el primer artista del Perú.

Empero para guiar al niño hácia este objeto, era preciso separarse de él y enviarle allende los mares, á la patria de las artes ignoradas en Lima. Ante tamaño sacrificio vaciló la madre; pero la ambicion patriótica pudo mas que el amor. En fin, la señora de Merino que en Roma hubiera sido una Cornelia, tuvo el valor varonil

Noviembre 21 de 1852.

de abrazar á su hijo y embarcarlo á los diez años para Francia.

El joven Merino hizo todos sus estudios en París, recibió el grado de bachiller y siguió la carrera del derecho; pero al mismo tiempo que adquiria en estos graves estudios todos los conocimientos necesarios para estar al alcance de la moderna civilizacion, dócil á los deseos de su madre y á su propia inspiracion, se iniciaba en todos los secretos del arte. Fueron sus ilustres maestros Gros y Montvoisin. En una palabra, en 1838 aquel niño que todo afligido y lloroso habia sido embarcado á bordo de un buque europeo, volvia á Lima á los 20 años de edad, hecho un verdadero artista, despues de haber acabado su educacion en España y en Italia.

Cual fuese la alegría con que le recibió su madre, mejor lo comprenderán cuantas lleven ese dulce titulo, que nosotros podriamos esplicarlo.

¿Pero cómo realizaria su hijo el sueño glorioso que recreaba su mente acerca de él? El joven Merino no tardó en corresponder á esta última esperanza,

Ya hemos dicho que no habia artes en el Perú, ó si las habia habido en otro tiempo, debieron desaparecer ahogadas con la sangre de las guerras de la independencia. Habiendo muerto todo, era preciso crearlo todo ó á lo menos resucitarlo. Merino se encargó de esta inmensa tarea; al efecto se constituyó en profesor de todo el que queria aprender á dibujar ó pintar, y convirtiendo hácia su objeto todas las influencias de su familia y todas las ventajas de su educacion, creó en Lima una academia de dibujo y pintura. Hizo mas; fundó el arte que populariza las demas; grabó con su propia mano las primeras piedras, tiró las primeras estampas y formó una escuela de litografia al lado de su escuela de pintura.

Desde entonces hubo ya un museo en Lima, y este museo tuvo su artista nacional. Don Ignacio Merino, hizo los retratos de todos los vireyes del Perú y adornó con ellos los salones del museo: tambien pintó los héroes de la independencia, entre los cuales se distinguen los presidentes La Mar y Gamarra, y el arzobispo Luna Pizarro. En fin, presentó á la admiracion de aquella poblacion cristiana las sublimes escenas y los piadosos misterios de la religion del Crucificado; á los santos y mártires de la fé, á Santa Rosa, á San Gerónimo, á San Francisco Solano, á los bienaventurados Porres y Macias, apóstoles peruanos, etc.

Estos trabajos ocuparon á Merino hasta el año de 1850, en que su madre y su pais pudieron decirle: «¡Estamos contentos de tí!» Mas él, como todos los verdaderos talentos no lo estaba de sí mismo, y por lo tanto resolvió volverse á Francia, España é Italia, con el objeto de examinar y estudiar de nuevo las obras maestras de los Lesueur, Murillo y Rafael. Ademas, podia felizmente confiar á otros su obra consolidada en Lima, y la direccion de las bellas artes pasó de sus manos á las de su digno discípulo el señor Lazo, que es hoy el primer pintor del Perú, y en cuanto á la pintura libre, el mismo Merino instaló al frente de la sociedad limeña á su antiguo maestro Montvoisin, á quien todavia echa de menos la Francia, si bien se consuela con la idea de que su destierro es voluntario y lo pasa en medio de todos los triunfos de la fortuna y de la gloria.

El año pasado admiraban los inteligentes en los salones de la esposicion pública en París los magníficos cuadros del señor Merino. Acababa de ganar sus laureles en Europa como en Lima. Nada faltaba ya á su bautismo de artista, porque quien llega á conquistar un rango honorífico en París, bien puede asegurarse que brillará en to-

Album pintoresco. 34

das partes. Pero Merino no habia ejecutado solamente en Francia cuadros sobresalientes, sino que habia llevado y concluido un album de acuarelas inestimables, que comprendia todos los tipos y trages del Perú, sacados del natural, con ese carácter de verdad, al que nada iguala ni reemplaza. Este album es un tesoro único en el mundo, y puede tenerse por cierto que cuando el eminente artista llegue á publicarlo, todos los aficionados se disputarán sus hojas grabadas para hacer, sin moverse de su asiento, un viaje completo al Perú.

## MÚSICA.

(Continuacion.)

Iban de Francia y de Flandes los profesores de música para Nápoles y Milan (véase Muratori, Corio, autor de una historia de Milan, Finetor, Guichardin y otros muchos autores italianos y alemanes). Habia entonces tal conformidad entre todas las naciones de Europa, que parecian no tener sino una escuela, la francesa. (Consúltese á Arteaga, *Revoluzioni del teatro musicale*). Los italianos durante dos siglos seguian la misma doctrina, y por mejor decir sin hacer ningun progreso, pues que no se cita ninguna composicion de ellos en todo este tiempo; al paso que se halla una cantidad considerable debida á compositores franceses y franco-flamencos. Gondimel de Besanzon fué uno de los mejores compositores franceses del siglo XVI que llegó á ser maestro de Palestrina y despues el jefe de la escuela romana. Algunos escritores italianos, alemanes, ingleses y españoles, antes y durante el siglo XVIII, censuran la multitud de adornos efimeros y supérfluos y aquella profusion de modulaciones como ellos dicen, de que iba acompañada la música italiana del siglo XVII. Con este motivo parece que se complacen estos mismos escritores en reproducir aquel antiguo adagio tan sabido entonces en todas las córtes y en todas las naciones de Europa: «Los italianos producen vanos caprichos, los franceses cantan: *itali caprisant, galli cantant.*» A lo menos en el siglo XVIII, segun estos autores extranjeros y segun Metastasio, si los italianos ceden alguna vez durante seis y siete años con algunos intervalos á la exigencia de sus cantores y al gusto de puro capricho que nada pinta, nada espresa, ni descubre nada mas que un giro de fuerza y una dificultad vencida, pero que nada dice al corazon, cuyo gusto hace de sus autores líricos unos arrulladores directamente opuestos al genio del compositor, al cual se someten, y al carácter asi como á las pasiones de los personajes que representan, es preciso decir tambien que haciendo uso de aquel género arabesco de continuados trinos que no sorprenden sino á los tontos, acabando siempre, dice Metastasio, por ser mistificados, estos mismos italianos vuelven con la misma facilidad despues de veinte años á aquella espresion verdadera, sabia y natural, marchando de frente con el sencillo sentimiento de las palabras. En vista de esto ¿cuántos no han tenido cierto miramiento á las conveniencias que exigia en Francia el alto género de la música sagrada? ¿Cuántos no han obedecido al estilo grandioso que reclamaba la grande ópera de Paris cuando han trabajado para este teatro heróico, en

donde fué inventado el drama sério y la tragedia lirica? Testigos Piccini, Sacchini y Paesello. ¿Cuántos no han conocido tambien lo que ofrecia de verdadero nuestra comedia lirica ó nuestra ópera cómica? Testigo las músicas encantadoras y teatrales, con las que el italiano Duni ha revestido los poemas de nuestros antiguos poetas y por último ¿á qué grado de perfeccion no han llevado la música, los compositores italianos y alemanes? Por otra parte, nuestros dramas serios y nuestras tragedias líricas que exigian la sabiduría y todas las conveniencias francesas, ¿no han sido puestas admirablemente en música por Cherubini, Spontini y Rossini, no han atravesado nuestras fronteras y escitado la admiracion de otros pueblos asi como de las córtes extranjeras aunque hayan sacrificado su gusto al génio francés? Volvamos á los primeros tiempos. Mientras que la música sagrada, que es la mas antigua y la que ha producido los otros géneros, y que la música dramática segun los primeros datos de los franceses del siglo XV y XVII se perfeccionaban en el Norte ó en Alemania por Haendel, Kaiser, Sebastian Bach, Hasse, Graun, Nauman y aun Haydn y Mozart; en Italia por Palestrina, Durante, Pergolese, Leo, Jomelli, Burrello, Piccini, Sacchini, Paesello, Cimarosa y Rosini; la Francia databa todavía una época mas apartada, porque la historia hace mencion de Guillermo Dufay hábil compositor francés del siglo XIV al XV, al cual califica de músico ducal Adam de Gulde, porque segun otros fué maestro de capilla de los duques de Milan; pasa tambien por haber sido un excelente teórico y haber perfeccionado mucho el sistema de Guy de Arezzo. Los compositores Dufay, Regis, Caron, Pinchois deben tambien citarse por haber precelido á la escuela franco-alemana. Despues de estos aparecieron otros compositores franceses; tales como Fevin, Bromel, Gombert. Este último es designado por Finek como superior á su maestro el famoso Josquin y como el que mas ha adelantado en el *arte de la fuga* (cierta composicion musical), asi como en los demas géneros de composicion. En seguida aparecia Juan Monton, compositor francés de los mas apreciados, y cuya reputacion estaba ya formada á fines del siglo XV en el reinado de Luis XII. Se le atribuye una magnífica composicion de música sagrada hecha para el nacimiento de la segunda hija de este príncipe en 1509, y otra con motivo de la muerte de Ana de Bretaña en 1524. Posteriormente fué nombrado maestro de capilla de Francisco I, el cual despues de haber oido sus nuevas composiciones le envió títulos de nobleza. Glarean que en 1520 lo vió en Paris y conversó con él, asegura que gozaba de grande favor cerca de aquel príncipe.

Compuso misas de mucho mérito y que agradaron estraordinariamente al papa Leon X. Todas sus obras respiran facilidad, gracia y aquella naturalidad de los cantos de los antiguos trovadores que todavía se repiten por todo el mundo, sobre lo cual puede consultarse á Glarean, Forchel, Burney y otros autores extranjeros. Muchos aires llenos de espresion de nuestros mas antiguos romances, y sobre los cuales los poetas franceses mas modernos han parodiado nuevas composiciones, pertenecen al célebre Juan Monton, mucho mas conocido en el extranjero que en Francia; entre los antiguos villancicos de la primitiva Iglesia, se han encontrado muchos de este compositor, y aun se conservan en el pueblo estas canciones vulgares

que todavía están en uso: su estilo era á la vez dulce, gracioso y patético. En el siglo XVI se ve al famoso Goudimel de Besanzon gozar de una reputacion muy vasta por sus composiciones de música sagrada en Francia y en el extranjero, las cuales se citaban en todas partes como modelos, tanto por los italianos como por los franceses. El y Rolando Laso de Mons, fueron en aquella época proclamados *los primeros compositores de la Europa*. Ademas de esto, Gondimel era en su siglo un sabio letrado, segun lo atestiguan algunas de sus cartas muy bien escritas en latin y que se hallan insertas en la coleccion de poesias de Meliso. Este mismo Gondimel, célebre compositor francés, es el que enseñó la música y la composicion, como ya lo hemos dicho, al famoso Palestrina, despues jefe de la escuela italiana. Fué complicado en los asesinatos de los hugonotes que tuvieron lugar en Lion en 1572, y la Italia y la Francia lloraron su pérdida. En fin, vino á reemplazarle Ducaurroy de Beauvais, que fué llamado por la Europa el príncipe de los profesores de la música y á cuya casa concurrían á tomar lecciones de este arte los jóvenes compositores italianos, alemanes, franceses y españoles; siendo sus composiciones sagradas las que entonces se ejecutaban en todas las capillas de la cristiandad. Fué alternativamente maestro de la capilla de los reyes Carlos XI, Enrique III y Enrique IV, el que le colmó de favores. La música sobre las estrofas de la composicion de este príncipe, la *encantadora Gabriela* etc. y el aire popular de *viva Enrique IV viva este rey valiente!* son de Ducaurroy.

(Se continuará.)

## LOS PIRATAS DE CILICIA

(Año de Roma 675.)

(Continuacion.)

Isidoro, que solo buscaba un pretesto para reñir, comenzó á zumbarse del joven patricio por su eleccion; montando *el Loto* esperará sin duda espantar á los cilicianos; la aparicion de este bagel deberá producir en sus flotas el mismo efecto que la vista del milano en una bandada de codornices, y los espolones de bronce del *liburno* van á barrer el Mediterráneo, lo mismo que la reja del arado limpia los campos cubiertos de zarzas.

—Resígnense los hijos de Mithra á implorar la clemencia de su vencedor, añadió él con ironía; cada uno de ellos deberá muy pronto pagarle un rescate diez veces mayor que el que ha satisfecho él en este dia.

—¿Me cree Isidoro su igual? replicó César con altiva dejadez; el pirata puede vender la libertad del caballero romano que la suerte ha puesto en sus manos; pero el caballero romano nunca vende la del pirata.

—¿Qué es, pues, lo que hace? preguntó el cartaginés.

—Pregúntalo á Stelo, él te dirá la suerte que se reserva á los bandidos de la selva *Galinaria* y de las lagunas Pontinas.

—Se ahorcan en *Tuliano*, contestó Stelo.

—Ahora bien, dijo Julio, yo no seria menos justo para con los bandidos del mar: los colgaría de la entena de mi navío, renovando el deseo de Diógenes: «Quieran los dioses que todos los árboles lleven un fruto igual.»

Stelo soltó una estrepitosa carcajada, y los demas piratas le imitaron; la arro-

gancia del jóven romano escitaba la suya, y no querían aparecer ni menos libres de temor ni menos joviales. Empero Isidoro se mordía los labios; vencido también en esta guerra de zumbas, conocía que su cólera se exaltaba por momentos, y resolvió acabar con un enemigo que le insultaba aun encadenado; no obstante, no quiso recurrir á una violencia abierta, conociendo que muchos gefes que no estaban animados del mismo ódio que profesaba él contra Roma, podrían oponerse; por otra parte, el instinto púnico le inclinaba sin grande esfuerzo á echar mano de la traición. Firme en su propósito, aprovechó el momento en que la señal de la fiesta obligó á los jugadores á levantarse, para llamar aparte á un arquero de Laconia, confidente suyo y ejecutor habitual de sus venganzas. Lo llevó á un parage retirado, habló con él largo rato en secreto, y no volvió á juntarse con los demás gefes hasta que le vió ocultarse detrás de la tienda que se había levantado para César y sus amigos.

Julio acababa de entrar en ella con su secretario, y luego que se vieron solos y en el sitio mas retirado, el jóven patricio en un abrir y cerrar de ojos se despoja de su túnica morada guarnecida con galon ancho de seda: ayuda á su esclavo para que se disface con ella, y sin detenerse va éste á ponerse á lo último de la galería abierta, en la que acostumbraba Julio á retirarse para leer ó estudiar. Por este medio adormecía todas las noches la vigilancia de dos centinelas de vista que estaban de guardia á la parte de afuera de la tienda, mientras que él podía escapar por una puerta secreta.

Pero esta estratagema en aquel dia apenas parecia necesaria, porque la fiesta había alejado toda vigilancia, y los soldados destinados para la custodia de los prisioneros habían abandonado sus puestos.

Entretanto las trompetas de los sacerdotes continuaban resonando al pie de las colinas; originario de Persia el culto de Mithra, lo habían difundido entre los cilicianos los iniciados de la Siria ó de Capadocia, y había servido para acercar y unir mas estrechamente á aquellas reuniones de razas diferentes, creándoles una religiosa nacionalidad. Casi todos los piratas la habían adoptado, y acudían presurosos á la fiesta, llevando, segun costumbre, diferentes disfraces que les daban la apariencia de fieras carniceras. Entre ellos se encontraban también las mugeros, igualmente enmascaradas: eran, segun el lenguaje del culto misterioso, las hienas y los leones que se dirigían á la caverna de Mithra, en donde debían tener lugar las grandes iniciaciones.

En el momento en que estas estrañas comparsas rebasaban las tiendas levantadas para los prisioneros del *Didymo*, un hombre con el disfraz y cabeza de lobo se avalanzó á ellos y se agregó á sus filas: pasó velozmente con la turba desenfadada y aulladora por delante del campamento naval en que se resguardaban las galeras puestas en tierra; al pie de las torres de atalaya que con sus nocturnas hogueras iluminaban á lo lejos las casas de recreo construidas para solaz de los gefes cilicianos. Mas tan pronto como llegó al sitio donde acampaban los cautivos destinados á ser vendidos como esclavos, trató de separarse de la muchedumbre y quedarse atrás; empero el tropel, siempre en aumento, lo arrastró tras sí á pesar suyo; pasó adelante, y llegaron todos hasta el templo de Mithra.

Era esta una caverna practicada en la colina, cuya entrada miraba al Oriente; en el umbral de la puerta se veían en pie los candidatos para la iniciación, flacos por los cincuenta dias de ayuno, pálidos por el largo retiro entre tinieblas, ensangrentado el cuerpo por las crueles disciplinas, pruebas que sufrían para no dejar duda alguna de su constancia y sufrimiento. Cuando llegó el gentío, los sacerdotes los condujeron hácia el santuario en que se elevaba el ídolo Mithra sentado sobre el toro, que hería con la cuchilla de Arlés. Se dirigieron varias preguntas á los candidatos, se les repitieron las instrucciones y reglas del culto misterioso, y por último comenzaron las ceremonias de la iniciación.

Desde luego se les roció con el agua simbólica para lavarlos de sus faltas pasadas, y se les marcó con una señal que los colocaba en el número de los adoradores de Mithra; en seguida se les presentó agua, pan y la ninfa Serica (gusano de seda), emblema de una futura resurrección; en fin, un sacerdote trajo una corona sostenida con una espada, y la presentó á cada uno de los iniciados, que la rechazaron repitiendo que *Mithra era su corona*. A esta respuesta las exclamaciones y gritos de alegría resonaron por todas partes, y se dispersó la multitud, llevando tras sí á los nuevos hermanos marcados con el sello del dios.

A este tiempo el sol comenzaba á descender por detrás de las alturas de Coraceso; una sonrosada neblina se levantaba de las aguas del mar, y se iba extendiendo lentamente hácia la costa; los iniciados, otra vez vestidos con su disfraz de bestias feroces, se habían dispersado por la arena fina de la playa, por las orillas de los bosques ó bajo las sonoras concavidades de las rocas, abandonándose á todos los placeres y diversiones de la fiesta. Por do quiera se veían tiendas de lienzo teñido de azafran; velas de púrpura, ó cabinas de ramas en donde estaban puestas las mesas para el festin; por todas partes brillaban las hogueras rodeadas de caprichosas sombras. No se oían sino cánticos acompañados con la melodiosa armonía de los flautistas, vivas y gritos desenfadados y la repercusión de los sistros y tambores.

En medio de esta zambra y algarabía, solo un parage era el que permanecía quieto y silencioso: era el campamento de los cautivos; los sirios encargados de su custodia les habían vuelto á poner las cadenas con el objeto de ir á reunirse con sus compañeros; la mayor parte de aquellos infelices se habían tendido sobre la arena, cubierta la cabeza con la punta de sus mantos; los alegres gritos que llegaban á sus oídos, recordándoles la memoria de su pasada felicidad, aguzaban el puñal que dilaceraba su corazón, haciendo mas amarga su esclavitud. A cada uno se le presentaba en su imaginación los afortunados dias de sus victorias y libertad; figurábasele al ciudadano romano marchar al frente de su legión, el casco de bronce colgado al cuello, el escudo cubierto con su funda de cuero, y cargadas sus espaldas con la mochila y armas; creía oír las sonatas de los *Tibicenes*; veía correr diligentes los pueblos vencidos para hacer una respetuosa inclinación ante el dragon de oro de cada cohorte, y aun percibía en su mente el ruido de los carros cargados de riquísimo y abundante botín, que seguían detrás del ejército. El griego pensaba en los miles de bageles apiñados en el puerto de la ciudad

que le había visto nacer: las ganancias que le reportaba el comercio, en los placeres del teatro, en los juegos olímpicos. El egipcio soñaba en sus grandes ciudades con las entradas adornadas de esfinges: en sus campos cubiertos de doradas espigas, y en los barquichuelos de mimbre deslizándose sobre las amarillas aguas del Nilo. El español recordaba sus guerras civiles y las victorias obtenidas por su partido: aquella vida agitada y varia, eterno campo de batalla que recorren precipitadamente las pasiones. El galo se creía viajando de nuevo por sus espesos y sombríos bosques, protegidos por Irmensul, viendo á sus druidas con sus vestidos de lienzo, y atravesando bajo las corpulentas encinas y la guadaña de oro en la mano; soñaba en sus carros llenos de mugeres de dorada cabellera y muchachos medio desnudos: ciudades ambulantes, siempre caminando hácia un clima mas benigno. Así que todos encontraban en lo pasado algun recuerdo amado que atizaba en su pecho el dolor ó la rabia.

Acababan de desvanecerse los últimos resplandores del día, y los mil esclavos permanecían inmóviles en medio de esta dudosa claridad; únicamente el ruido de las cadenas interrumpía el triste silencio del campamento, cuando de repente un paso rápido y ligero resonó en la oscuridad, y una sombra apareció por el recodo que formaba la costa: era el hombre-lobo, que al fin había logrado esquivarse de la fiesta. Desde luego echó una mirada en torno suyo para asegurarse de que no había sido visto, y en seguida deslizándose hácia la entrada que habían desamparado los centinelas, apartó con viveza la cortina de cuero que la cerraba, y desapareció dentro de la tienda de los prisioneros.

¿Quién sería este misterioso personaje que huía así de la fiesta para introducirse en este asilo de la desesperación? Su máscara no permitía que se viesen sus facciones; pero lo que no tiene duda es que se le esperaba, porque tan pronto como se presentó, muchos prisioneros se pusieron en pie con la mayor presteza, otros se apostaron en todas las salidas para estar en acecho, mientras que los restantes hablaban en voz baja con el desconocido.

—¡Y bien! ¿tendremos armas? preguntaron á un mismo tiempo muchos cautivos,

—Con tal que tengais valor para empuñarlas, contestó el enmascarado.

—¿Dónde las encontraremos?

—En el campamento naval, cerca de la tercera puerta, que es el arsenal de la flota.

—Pero ¿y los soldados que custodian aquel sitio?

—Los que no lo hayan abandonado, los habrán embriagado mis esclavos.

—¿A qué hora hemos de estar listos?

—A la segunda vigilia.

—Estaremos en el sitio convenido.

—Pero vuestras cadenas...

—Se romperán.

—¿Y acudireis todos?

—¡Hasta el último!

El desconocido hizo un movimiento de ozo; despues, llevando aparte á uno de los prisioneros, le dió en secreto algunas breves instrucciones; murmuró una contraseña, y desapareció por una de las salidas.

(Se continuará.)

MADRID, 1852.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,  
calle de Santa Teresa, núm. 8.

# DICCIONARIO NACIONAL

Ó GRAN DICCIONARIO CLASICO

## DE LA LENGUA ESPAÑOLA,

POR DON RAMON JOAQUIN DOMINGUEZ.

### NUEVA SUSCRICION

## DE LA BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

Si el mérito de una obra ha de juzgarse por el éxito que alcanza, pocas habrá que iguallen al Diccionario que anunciamos. No creemos, sin embargo, que esté esento de defectos, la perfeccion en lo humano es imposible; pero tal es su utilidad, tales sus ventajas por todos reconocidas, que bien puede asegurarse que no existe una sola de las personas que hablan el idioma castelano, para quien no sea absolutamente necesario. ¿Hay alguien en efecto, que no le haya ocurrido nunca duda sobre la inteligencia de una voz?... Pues bien, el *Diccionario Clásico* de Dominguez responde á todo, porque todo lo abraza. Ciencias, artes, religion, geografía, historia, biografía, mitología, legislacion, medicina, cirugía, farmacia, botánica, física, química, economía política, economía domestica, oficios mecánicos; cuantas palabras, en fin, sirven para espresar las ideas en nuestro idioma, otras tantas contiene y esplica: en esto consiste su mérito y esto justifica su inmensa popularidad. Facilitando los medios de adquirirlo, prestamos al público un verdadero servicio, y por eso nos hemos decidido á incluirlo en la coleccion de la BIBLIOTECA ESPAÑOLA; así tambien favorecemos los intereses de los suscritores capitalistas de esta empresa, tributándoles un homenaje de gratitud en justa recompensa de su confianza. El *Diccionario Nacional* consta de 500 pliegos de impresion, que hacen 2,000 páginas de á cuatro columnas en gran folio y contiene mas de *doscientas mil voces*, con inclusion de un suplemento añadido despues que completa el trabajo del autor, en el que se encuentra un gran número de voces usuales, de plantas y animales de América. Con el fin de apresurar el término del reparto de una obra tan larga, se darán cuatro entregas por semana, reunidas las cuatro bajo una sola cubierta. Cada entrega debe constar, segun lo ofrecido en el prospecto general de 15 de setiembre último, de cuatro

pliegos, de manera que las cuatro reunidas formarán un total de 16 pliegos. El número de entregas será de 125, y dando cuatro por semana la obra queda repartida en siete meses. Las entregas se pagan en Madrid al tiempo de recibirlas á razon de un real una, ó sea 4 reales las cuatro reunidas y en provincia de cuatro en cuatro entregas adelantadas á razon de 6 reales las cuatro enviándose por el correo franco el porte. Los que prefieran recibir la obra por tomos encuadernados á la rústica, pagarán solo 120 reales por toda e la en Madrid y 140 en provincia si se envia por los ordinarios, ó 160 mandándose por el correo. Los tomos pueden pagarse adelantados ó al tiempo de recibirlos; en el primer caso se recibe gratis el *Album Pintoresco*, periódico semanal dedicado á los suscritores de la BIBLIOTECA ESPAÑOLA; en el segundo no hay derecho al periódico. Las cuatro primeras entregas se repartirán el 23 de noviembre sin falta alguna, y las demás seguirán puntualmente á razon de 4 por semana, de modo que el tomo primero estará en poder de los suscritores para principios de marzo próximo, y el segundo y último antes de fin de junio. El *Diccionario Nacional* pertenece á la segunda seccion de la BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

Se suscribe en Madrid en el Gabinete Literario, calle del Príncipe, número 25, y en provincia, ultramar y el extranjero en casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA ESPAÑOLA y del Establecimiento de Mellado, ó por medio de libranzas. Los precios de ultramar y el extranjero los fijan los corresponsales segun la localidad y con arreglo al costo que ocasionan las remesas.

**ADVERTENCIA IMPORTANTE.** Concluido el reparto quedará cerrada la suscripcion y no se venderá un ejemplar á nadie sino al precio de catálogo que es 180 reales en Madrid y 204 en provincia.